

gado y oyó pronunciar su sentencia de muerte. Ciertamente no son muy alegres los recuerdos históricos de aquel país, y esta es la razón por que la posteridad los olvida con tanto gusto. Se representa en la imaginación este tribunal, agrupado en un rincón del inmenso salón atestado de pueblo, y en las tinieblas de la noche ver el brillo de algunas espadas desnudas; y un pelotón de soldados que traen como arrastrando en medio de las oleadas de un gentío obcecado á aquel príncipe con su ondeante cabellera flotando por la espalda, y dulce mirada, sufriendo mil ultrajes, resonando en su oído el grito de muerte y limitándose á decir:

—Pobres gentes, lo mismo gritarian contra sus gefes por un shelin...

Cárls I previene el ánimo de todo viagero que visita á Lóndres: se encuentra en todas partes, y su mirada le persigue sin cesar. ¿Y cómo permanecer indiferente al recuerdo de un infortunado que Van-Dyck ha perpetuado en sesenta retratos que son su más patética elegía? Este esclarecido artista ha creado un espectro sangriento de esta cabeza que tanto amaba, engalanándola con todas las gracias de la belleza de su rostro que cayó á tierra á impulso del hacha del verdugo.

En torno de Westminster-Hall se encuentran diseminados tribunales en donde se pleitea, se litiga y se sentencia, revestidos los jueces con su gran peluca empolvada como las que usaban en Francia durante la minoría de Luis XV. Nada más atrasado, mas inmutable que las costumbres de un pueblo que tanto progresa y adelanta en orden á empresas especulativas. Dichos tribunales son muy numerosos y divididos para determinados asuntos; y aun podría señalarse en ellos algunos restos de jurisdicción feudal. La Cité goza de algunas franquicias: su magistrado particular, *Mars-halsea-Court*, institución judicial dependiente de Wite-Hall, ejerce sus funciones en un radio de cuatro leguas alrededor de este cuartel, exceptuando la Cité de Lóndres.

*Doctors Commons* ó tribunal eclesiástico, junta clerical en la que se depositan los testamentos, preside á su apertura, y guarda las causas relativas á sucesiones y entiende en la administración de las herencias. También se extiende su autoridad á juzgar criminalmente en los delitos contra la religión.

Allí se reúne la Cámara de los comunes en un chribitil provisional. La de los lores se ha instalado ya en el nuevo edificio del parlamento. Cuando las sesiones de los lores, por lo general están recostados en sus asientos apoyando la espalda contra el respaldo, de modo que tienen más altos los pies que la cabeza, y hablan desde su asiento porque no hay tribuna. Las galerías para el público, son cómodas, descubiertas y casi al nivel de los bancos de la cámara. En cuanto al trono de la reina, simboliza á las mil maravillas la soberanía constitucional, porque se asemeja á una jaula dorada.

Los nuevos edificios del parlamento destinados para reunir en ellos los tribunales y las dos cámaras, están todavía sin concluir, en Inglaterra se consideran como la maravilla arquitectónica del siglo y que deben reemplazar al antiguo parlamento que se quemó en 1834. Este caprichoso edificio es de estilo gótico del tiempo de Enrique VII. La parte que da al río presenta una fachada de 1,000 pies de longitud, coronada con seis grandes torres, y la principal, la de

Victoria, tendrá 400 pies de elevación; dicha fachada con almenas dentelladas, está además adornada con cimbanillos sin cuento, figurando arbolitos de piedra y recargada de arabescos, follages, figurillas y escudos de armas. Sin embargo, la parte exterior del edificio, á mi entender, no presenta toda la seriedad y austeridad artística que exige el objeto á que se destina; es el más inmenso juguete arquitectónico que hay en el universo, y bajo este concepto merece grandes elogios. Cuando se mira de lejos tiene animación, seduce la vista y halaga los sentidos. Fácilmente se comprende que debe haber costado una locura, y esto es precisamente lo que más envanece á los ingleses, que voluntariamente acompañan á los viageros que van á visitar á San Pablo solo por poder decir:

—Hemos gastado en esta obra treinta y siete millones y medio.

Westminster y el Parlamento me habían interesado, pero fué espectáculo muy pesado y enojoso la visita que hicimos después á las caballerizas de la reina.

Pueden considerarse como un colegio de caballos con palafraneros pedantes por profesores; á modo de biblioteca se recorren varias salas llenas de arcos de caballo: hay, sin embargo, una docena de estos de color isabela, cuyo pelo se asemeja á la seda más fina mezclada con una delicada pelusilla de oro, de un matiz y brillo casi increíble. Están destinados para tiro de la carroza régia en las grandes solemnidades y días de ceremonia. Cada uno tiene escrito su nombre encima del pesebre; uno se llama Cromwell, otro Voltaire, el tercero Orleans, etc., y yo pienso se les ha dado estos nombres para honrar á dichos sujetos, porque en Lóndres con el mayor gusto se pondría á los caballos el nombre de los parientes más inmediatos de su dueño.

Cansado ya de tantas ceremonias y deseando verme solo en esta ciudad donde cada uno vive para sí mismo, y donde la soledad es un placer, abandoné á mis compañeros con intención de ir al *Strand*, observar y hacer algunas compras.

En un *omnibus* que venía de Pimlico había aun un asiento desocupado en la imperial, y me encaramé guapamente ayudado por un caballero, que conociendo que era extranjero, me prodigó todas las atenciones y obsequios de que no participa el bello sexo en este singular país. Se apresuró á decirme que hablaba el español, y se ponía á mis órdenes, mas como vió que yo le contestaba en su idioma y que conocía bastante bien las calles, quedó muy satisfecho no siendo de estos atremetidos que verían con mucho gusto que os apaleaban por tener el placer de salir á vuestra defensa. Nuestra plática cesó con los ofrecimientos, pues es muy propia del carácter inglés la discreción.

Después de cinco ó seis minutos de silencio, juzgando conveniente volver á mi vecino el agasajo, le dirigí algunas palabras, tomando por pretexto un carriage que pasaba junto al maestro: era una calesa muy ostentosa, aunque poco elegante, tirada por dos caballos arrogantes. Sobre el pescante, muy adornado con bellas franjas, iba sentado un cochero vestido de negro, corbata blanca y guantes del mismo color, limpios como el armiño: en el fondo del vehículo iba recostado negligentemente sobre muelles almohadones un hombre sin frac ni levita, las mangas de la camisa arremangadas hasta encima del codo, sirviéndole de cinturón las puntas del delantal levantadas por delan-

te, de manera que el cochero tenia todo el aire de un gentleman que llevaba á paseo á un artesano con el vestido de trabajar.

—¿Quién es ese hombre? pregunté á mi vecino.

—Es, me contestó, el mas rico carnicero de Londres: vuelve del matadero y se dirige á su causa en su carruaje. Sus abuelos ejercieron el mismo oficio, su padre lo ha dejado habiendo reunido un capital de mas de dos millones, y él por modestia continúa con la profesion de su padre, costumbre antigua muy honrosa, porque este caballero carnicero posee en el dia cuatro millones.

Admiré la modestia de este hombre que por piedad filial se ha resignado á ganar humildemente 2.000,000 y que se presenta con tanta ostentacion y orgullo plebeyo.

—Estas costumbres patriarcales, observó mi ádtere, son desconocidas en España; los padres no quieren que sus hijos ejerzan su oficio ó profesion, desean sacarlos de su esfera y condicion...

—No es general, me apresuré á contestarle; precisamente hay infinitas familias en que de padres á hijos se trasmite el arte que profesaron sus abuelos desde la cuarta generacion.

—Y es el único modo de adelantar, me contestó muy satisfecho.

Habiamos llegado á *Chancery-lane*, y mi hombre echó pie á tierra: sea distraccion, ó bien que ignoraba el sitio en que se hallaba, lo cierto es que no sabia por donde habia de dirigirse; yo se lo indiqué, y quedó sorprendido; me estrechó la mano y no se separó de mí sin encargarme mucho que tuviese cuidado de mis faltriqueras y que desconfiase de los infinitos rateros diestros en el oficio que tanto abunda en Londres: todo inglés os aconseja lo mismo con un celo verdaderamente hospitalario. Todavía le ví parado en la esquina de la calle como dudando si realmente se encontraba en el parage á donde iba.

No es extraño: me acuerdo que en cierta ocasion tenia que andar mucho y tome un *cab*. Diciendo á donde queria ir, el cochero me rogó con la mayor sencillez le indicase el camino, y lube de servir de cicerone. Nada mas natural que tener que preguntar cuando se atreviesa por las calles de esta ciudad, cuatro veces mas grandes que Paris: indicar las señas es la principal ocupacion de los policemen, siempre atentos y solícitos en servir al público: las mas de las veces el constable interrogado consulta con sus compañeros antes de dar las señas que se le piden.

Cualquiera sabe dirigirse al parage que desea, mas hay pocos que sepan distinguir las calles unas de otras, y nadie conoce bien á Londres, encontrándose en él aun los naturales como si fuesen extranjeros.

En todos los cuarteles hay calles que tienen un mismo nombre: veinte se encuentra por lo menos que llevan el de *Prince-street*, de *Queen-street*, de *York-street*, etc. Ademas de estas calles, unas se llaman *lane*, otra *road*, *place*, *terrace*, *hill*, *gate*, etc. Asi teneis á *Portland-estreet*, *Portland-place*, *Portland-road*, *Portland-square*, y otro tanto sucede con las voces *Grosvenor*, *Hanover*, *Saint-James*, *Waterloo*, *Warwich*, *Westminster*, *Surrey* y otras ciento. Estas calles de un mismo nombre están repartidas en todos los cuarteles de la ciudad. ¿Cómo, pues, es posible adivinar dónde está la que se necesita? Se ve obligado el extranjero á designar el nombre de la calle, el cuartel ó bien nombrar otra muy conocida

inmediata á la que se busca. A veces tambien en un mismo cuartel hay dos calles del mismo nombre, tocándose una á otra. Frecuentemente sucede que las calles no tienen azulejos que indiquen su nombre, y si otras inscripciones que solo sirven para embrollar y confundir al viajero. Así sucedió á un amigo mio, que se equivocó, y su desgracia divirtió mucho á los ingleses. Es necesario tener presente que en uno de los angulos del azulejo en que está escrito el nombre de la calle ó *square*, la autoridad manda poner estas palabras: *Commit no nuisance*, no cometais delito alguno, esto es, no hagais cosa que ofenda á la decencia ó perjudique á la salubridad.

El recién venido, que deseaba recorrer la ciudad y encontrar despues su posada sin dificultad, saca su cartera y anota lo que está escrito en el ángulo de la lápida de *Leicester-square*. Vedlo ya muy tranquilo: corretea todo el dia, se pierde, se extravía... no hay que temer: llega la noche y se lanza dentro de un cab. Hecho esto, con la satisfaccion y la misma seguridad que si conociese las calles como las de su pueblo, dice al cochero:

—*Commit no nuisance*.

El auriga echó á reír.

—¡Maldita pronunciacion! esclamó incomodado el extranjero, no me ha entendido.

Y muy satisfecho y alegre saca de la faltriquera la cartera y le muestra las señas; vistas por el cochero prorumpen en tan estrepitosas carcajadas que casi lo sofocan. El viajero se encoleriza: llama para testigos de la demasia á los pasajeros; pero estos, graves y mesurados en un principio, luego que ven la causa de la queja imitan al conductor riéndose hasta reventar.

La cólera de mi amigo llega á su colmo, maldice, pateo, á cuyos estremos se agrupan las gentes; todos van decididos á ponerse de parte de éste, pero enterados del negocio, cada uno rie á cual mas. Llegan los agentes de policia, mas ¡ah! desaparece todo vislumbre de esperanza: sus risotadas reaniman las del gentío. En fin, se presenta un grave gentleman: ¡oh! es un sugeto muy puesto en razon: habla en español á la víctima, se entra de todo, y... da al traste con su gravedad y circunspeccion. Por último, entran las esplicaciones aunque no sin trabajo, y entonces mi amigo suelta la carcajada, que es la señal para que principie de nuevo el coro general.

A veces se le pone al hombre en la cabeza alguna niñeria que luego se convierte en asunto grave. En Londres todos van armados con su baston, y vedme ya determinado á comprar uno, pero no podia encontrarlo á mi gusto. Hice parar mi carruaje en *Fleet-street*, en la Cité, y fui pasando revista por todos los fajos de bastones puestos á la puerta de las tiendas; entré en una y mandé me enseñasen un bambú que me pareció muy bonito; pero visto de cerca no me agradó. Articulé el monosilabo *no*, y esperé que me sacasen otro.

Pero con grande sorpresa mia ví que el mercader volvió á ocuparse en otra cosa: di varias vueltas por el almacén sin que llamase su atencion, y me salí sin que él hiciese la menor gestion para detenerme. En Londres nada se articula. Quise asegurarme todavía mas: entré en otra tienda, y por espacio de diez minutos anduve registrándolo todo, tocando cuanto veia sin pedir nada. Ni una palabra, ninguna pregunta, ningun ofrecimiento por parte del dueño. Me salí del

establecimiento sin desplegar los labios, lo que le pareció sin duda la cosa mas natural del mundo.

En otra tienda hice que me enseñasen hasta veinte bastones, y conforme los iba viendo me dió el deseo de comprar agujas: en su consecuencia dió las gracias al mercader con una inclinacion de cabeza: él me saludó con la mayor política, de lo que quedé pasmado.

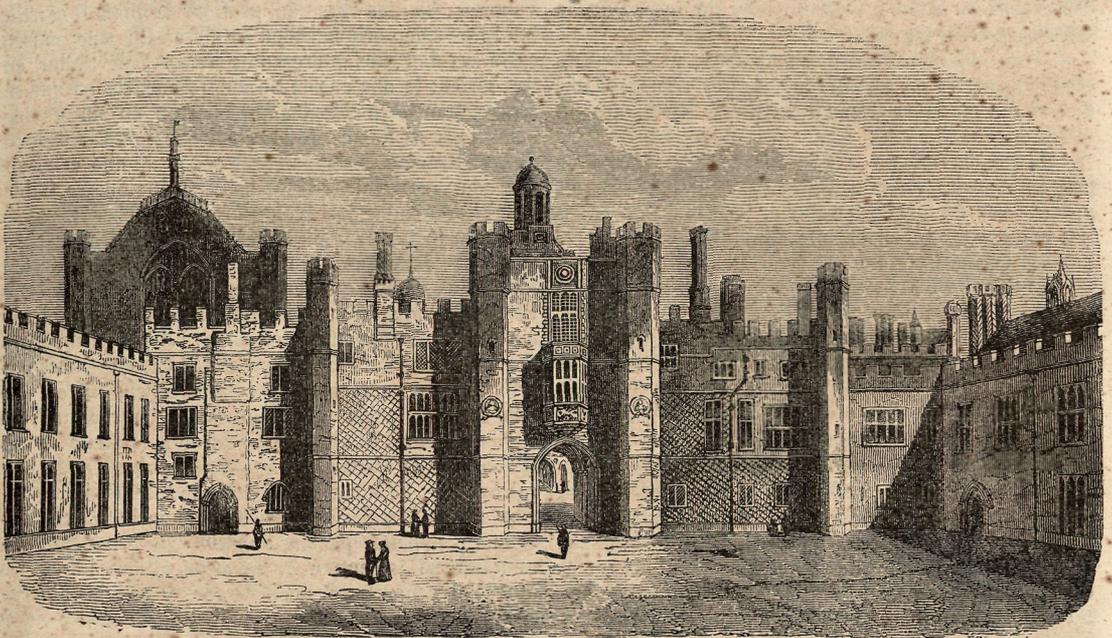
Un cuchillero estaba muy cerca de aquella tienda: me presentó las agujas que le pedí, y entonces me apeteció comprar un cuchillo; el fabricante me enseñó uno, uno solo: yo queria muchos; él puso una carrera de ellos sobre el mostrador, me dijo el precio de cada uno y me dejó. Examinados á placer me senté, y mirando al techo con aire distraido principié á tararear lo primero que me ocurrió; el artesano volvió á tomar la lima y continuó trabajando. Al cabo de algunos minutos me dijo:

—Hace mucho calor.

con mucho esmero, el acero supongo que es muy fino y bien templado; pero... no corta bien.

Al salir del taller se acercó á mí una ramilletera andrajosa, que por dos pences me daba un manojo de rosas sin olor, pero de una frescura admirable. En primavera está Lóndres cubierto de esta clase de rosas; las muchachas pobres las llevan á brazadas. Dos artículos son baratísimos en aquel pais: las flores y los gorros de algodón.

Pude hacer esta observacion un dia comprando guantes en un almacen en donde solo os enseñan uno ó dos dedos á la vez. Aunque estaba surtido con infinita cantidad de artículos de gusto y de capricho; es inútil decir que los encargados de su despacho se guardaron muy bien de elogiar su bondad y baratura. En las tiendas de mayor consideracion el dueño recibe el dinero como lo haria un demandante de la caridad, y os entrega el género que habeis comprado con una sonrisa gravé y cortés como si os lo regalase.



Vista del palacio de Hampton-Court.

Y yo respondí muy á propósito:

—Yes.

Enredando y jugueteando con los cuchillos escogí uno; el fabricante lo examinó y me dijo:

—Este no es bueno.

Lo dejó sobre la mesa y volvió á su obra.

Presumiendo que seria oportuno reparar mi ignorancia, puse mayor cuidado en mi eleccion; le presenté otro, y entonces el cuchillero á su vez pronunció:

—Yes.

Necesitaba tambien un cortaplumas, y le pedí uno que fuese excelente. El vendedor abrió un armario, fué buscando, y al fin escogió uno solo; me lo presentó, y diciéndole que sacase mas, me dijo:

—Este es *very-good, very-good*.

Sin negarse á lo que le pedia se estaba plantado sin moverse, atormentándome con su eterno *very-good*. Al fin se lo compré: el mango estaba trabajado

Sucede muchas veces que los mercaderes ingleses, se manifiestan tan poco solícitos en poner de muestra y presentar á la vista las baratijas, que por prudencia se abstiene el comprador de pedir las temiendo privar de ellas al vendedor.

Esto es cabalmente lo que me sucedió con un lonjista de mercería cuyo almacen estaba abundantemente surtido de agujas, carteritas, cajas de carton y de marfil, estuches, etc., aunque él lo disimulaba lo mejor que podia. Tenia este buen hombre una hija encantadora, precioso auxiliar en otros paises cuando se trata de atraer parroquianos. Luego que entré, la jovencita hizo ademán de retirarse, pero yo la detuve dirigiendo directamente á ella la palabra.

Despues de haber elegido algunos artículos y como unos cuarenta paquetes de agujas, los enseñé al padre, que calándose las gafas leyó atentamente la contrasena pegada en cada paquete: puso algunos aparte y me hizo observar que aunque todos eran á un mis-

mo precio, los que habia separado eran de inferior calidad: los reemplazó con otros y me entregó todo el surtido. Ya me habia alejado cuando me llamó para darme el ramillete de rosas que habia dejado olvidado encima del mostrador; lo cogí y ofrecí á su hija, que me dió las gracias en francés; el padre hizo lo mismo, y cuando estaba en el umbral de la puerta se levantó para saludarme afectuosísimamente.

Habia adquirido un conocimiento: desde entonces aquel almacén fué el centro de mis correrías por aquel cuartel; entré dos ó tres veces en él sin que comprase cosa alguna. Cuando llegaba, el buen hombre gritaba: ¡Amelia, Amelia! y la linda jóven salía á recibirme.

Estas buenas gentes nunca me hicieron la menor pregunta, aunque yo en calidad de extranjero que desea instruirse, procuré me informasen de cuanto deseaba saber, y siempre era la señorita Amelia la que contestaba. En aquel país el hablar es trabajo grave, y las jóvenes toman á su cargo aliviar de él á sus ancianos padres. Cuando hice mi visita de despedida, la señorita Amelia me dijo:

—Vos, caballero, sabéis mi nombre, y yo desearia saber el vuestro para poder nombraros cuando hablare de vos con mi padre despues de que os hayais ausentado.

He aqui la única vez que se me hizo semejante pregunta; mas fué con una intencion tan delicada, espresada con un acento tan dulce, tan natural y sencillo, que tuvo todo el encanto, toda la gracia de la amable verdad.

Me dió el adios postrero, yo le estreché la mano diciéndola mi apellido; me desearon un viage feliz, habiéndome dicho antes con mucho agrado que para conocer bien á Lóndres se necesitaba visitarlo mas de una vez.

Tal es el proceder y modo de conducirse estos honrados y sencillos vecinos de la Cité, que en otro tiempo tuvieron por cuna á la amable Flandes.

En las diferentes tiendas y almacenes que recorrí, probé á regatear el precio de los objetos que queria comprar; en semejante caso el mercader al principio no comprende lo que esto significa, y cree que se ha equivocado en el número de la contraseña; pero luego que ha comprendido vuestra idea su sorpresa se manifiesta, y con el ademán de hombre caballeroso que se ve humillado por no haberse conocido su honradez, ó que por equivocacion se sospecha que trata de engañaros, os hace entender con lisura, mas de un modo indulgente y cortés, que siendo el comercio demasiado honrado y cabal en sus tráficos para subir los precios mas de lo justo, no hay motivo para rebajarlos. Todo esto dicho con un gesto, una sonrisa y un tono de voz tan claramente espresado, que solo un necio será capaz de insistir.

Alejándome de la Cité, me dirigia á *Chancery-lane*, cuando recibiendo un golpe en la espalda me vi asaltado por diez pares de botas... pintadas en una tabla que andaba sola. Asi me pareció en un principio, pero luego vi detrás á un hombre que la paseaba para enseñar á las gentes aquel colosal cartel. Yo escapé, y atravesando el soportal de los abogados, monumento gótico moderno muy caprichoso y de aspecto algo chino, me encontré en *Lincolns in fields*, uno de los mas estensos *squares* y el mas poblado de altos árboles. Estando allí me acordé que tenia una escuela para poder visitar el museo Soane, y dejando á mi es-

paldas el colegio de Cirugia me dirigí á él. Mediante la tarjeta que presenté me franquearon la entrada en esta casa demasiado angosta, en donde está depositada la coleccion de antigüedades, objetos raros y curiosos y cuadros colocados con cierta elegancia que el distinguido aficionado Mr. John Soane, legó á su país. Se encuentran en este recinto consagrado á las artes, mármoles griegos y romanos, con fragmentos de la época bizantina; dibujos originales, vasos, camafeos, vidrieras pintadas y algunos cuadros interesantes, entre los cuales citaré una copia en pequeño del *ex-coto* que pintó fray Bartolomé para la familia de Carondelet, cuyo original pertenece al cabildo de Besanzon. Este cuadro se conoce con el nombre de San Sebastian, solo con la diferencia de que en este en vez del fundador se ve á una muger pintada puesta de rodillas. Se encuentran tambien allí la *Ripa dei sciavoni* en Venecia, pintura de Canaletto, una de las dos mas admirables que existen. Pero lo mas interesante de esta coleccion, y que encargo vean con detencion los viajeros, son las obras del profesor William Hogarth, tan raras como originales en su clase. En este museo están sus diez mas interesantes lienzos, divididos en dos séries: la una consta de cuatro cuadros en que se representan los incidentes que ocurren en un pueblo cohechado en tiempo de las elecciones para la cámara de los Comunes. Estos cuadros gozan de una celebridad muy justa: el buril los ha reproducido: se habla de ellos en todas las biografias, y muchos viajeros vuelven de Lóndres sin haberlos visto por ignorar su paradero. Jamás en obra alguna se han llevado tan lejos ni espresado con tan vivos colores como en estos lienzos la vida, el movimiento, la jovialidad y el talento crítico. Componen una pintura de las costumbres tan atractiva, tan clara y tan completa, que jamás escritor crítico podrá bosquejar en el papel; no es solo una representación, una pintura, es la realidad, la verdad misma. El observador asiste á la junta, y es tan curiosa la escena que la estaria contemplando horas enteras. La lucha de los dos candidatos, la animacion de sus partidarios, la seduccion en la taberna, los electores impedidos ó moribundos que traen casi arrastrando al escrutinio, los specches al aire libre, los hurras al vencedor, las cerraduras y silbidos al vencido, los toneles sin tapa y vacíos, las pependencias y alborotos, los secretos sobornos, las ventas vergonzosas, todo esto se mezcla, se confunde y está en movimiento; cada uno grita y se resiste: la escena está en todas partes, los semblantes, las fisonomias hablan. Sola la naturaleza es capaz de distribuir y coordinar con claridad una série de ademanes y caricaturas tan variadas y diferentes en medio de una baraunda que bulle y se agita hasta tal punto. Una descripcion minuciosa y bien coordinada de estos cuatro asuntos compendrian un romance satirico tan completo como divertido.

La segunda série de los cuadros de W. Hogarth se llama: *El aldeano pervertido* y de ellos se ha tomado el argumento de la novela y el drama francés de este nombre; pero la escrita por el pintor en sus lienzos es mas dramática, mas espantosa y cómica, á un mismo tiempo. Se recorre con la vista los seis cuadros, que san otros tantos actos de una composicion teatral filosóficamente combinada. Iba ya á desposarse un lugareño con una hermosa jóvenita de su pueblo cuando hereda un rico patrimonio. Vedlo ya á vueltas con mayordomos, administradores y abogados. Deslam-

brado con tanta riqueza abandona á su prometida, marcha á Lóndres, toma coches, admite criados y desplega un lujo digno de un príncipe. Despues derramando el oro á manos llenas se le ve descender por todos los grados de la escala social. Caballero, gallardo, entonado y vanidoso se abandona á la disipacion, se pule y desaparece su rusticidad; rodeado de bellacos y estafadores frecuenta los garitos, se encenaga en los lupanares: se bate en desafio, cae en manos de corchetes, se deja apalear, robar. Su aspecto y fisonomía se vuelven graseras é innobles, su salud arruinada por los desórdenes lo abisma en una anticipada vejez y rodando de prision en prision, pasa de vicioso á ser criminal, hasta que al fin viene á terminar su vida en un hospital de locos en donde su prometida lo vuelve á ver con un sentimiento de pesar mezclado de horror.

Este lúgubre drama está espresado con una valentía que espanta: la accion, el movimiento dominan siempre y en todas partes. Particularmente llama la atencion una escena de orgía poblada de mugeres prostitutas, de repugnante fisonomía, pero de una belleza diabólica: jamás se ha presentado la infamia bajo tan hechiceros rostros.

*Las elecciones y el aldeano pervertido* solo pueden compararse con los otros seis cuadros del mismo autor que tuvimos ocasion de admirar en National Gallery, que representan la historia satírica de un matrimonio á la moda, epopeya siniestra á la par que burlesca de la vida avara y desordenada.

Apareció nublado el sol al dia siguiente; el tiempo presentaba mal aspecto, las nubes principiaban á arrojar menudos copos de nieve y cansado del bullicio de la ciudad, conocí que necesitaba respirar aire mas puro: la campiña que descubria al través de los sombríos parques me incitaba á recorrer los campos para descansar mi vista entre la espesura de las florestas. Me reuní pues, con otros viajeros que habian dedicado aquel dia á visitar á Hampton-Court. A las nueve y media montamos en omnibus en Piccadilly, que atravesamos en toda su longitud, y me ví con mucho placer fuera de las puertas de Lóndres.

Sin embargo, los caseríos multiplicados alargan la ciudad, que al fin los abarcará dentro de su recinto: los cotos y cercas verdes y frescas se suceden unas á otras ostentando sus pequeños jardines; de vez en cuando se vislumbra el Támesis, cuyas orillas van estrechándose de cada vez mas, y al cabo de hora y media de marcha, entramos en la ancha y montuosa calle de Richmond. La residencia de los antiguos reyes de Inglaterra en aquel sitio fué causa de que se edificase un lugarcillo y su proximidad al parque lo ha convertido en villa. A medida que subiamos la cuesta por una ancha y concurrida senda, iba estendiéndose el horizonte, y luego que llegamos frente á *the-star and Garter*, palacio magnífico junto á la reja del parque que habitó no ha mucho el difunto Luis Felipe, descubrimos un hermoso punto de vista que contemplamos en toda su estension desde la terraza sombreada con corpulentos y frondosos árboles: un vasto horizonte limitado por ribazos y cuevas bajas, fértiles y abundantes, se presentó á nuestra vista: en el valle del Támesis serpenteando por la verde yerba reflejándose el cielo en sus aguas, ocultándose y volviendo á aparecer acá y allá entre la espesura de tilos, bayas y encinas: por todas partes se desplegaban ricas praderas pobladas de numerosos rebaños: sobre la

derecha se estiende Richmond en forma de anfiteatro hasta el mismo rio poblado de caprichosas fábricas y embarcaciones.

Nos tendimos sobre la yerba un breve rato, luego volvimos á subir en los omnibus, que nos condujeron á Hampton-Court. En el camino se pasa por delante de la casa de Pope, y un poco mas adelante se descubre un pequeño edificio de estilo antiguo y severo que se dice fué habitado por Cromwel.

Nada mas mágico y sorprendente que el primer aspecto de Hampton-Court á lo último de una grande calle de castaños, tilos y álamos negros siempre verdes y poblados de hojas y ramas; en las mas estrechas que salen de la principal, oscuras por su frondosidad, se ven esparcidos y á su libertad innumerables venados, ciervos y corzos, que se agrupan alrededor de los corpulentos troncos y se acercan hasta la misma orilla del camino para ver pasar los carruages. Asi se avanza por aquella magestuosa calle acompañada por ambos lados con cuatro hileras de elevados árboles hasta llegar á aquel palacio de los encantos, á aquel edificio, cuya historia y origen se parece al cuento del tiempo de la *Piel del asno*.

Habia en cierto tiempo un rey poderoso y temido cuya voluntad era absoluta, su corazon de bronce y su crueldad implacable: ofenderle en lo mas mínimo, disgustarle, eran crímenes que se pagaban con la vida. Se habia casado muchas veces y luego que sus esposas le cansaban las entregaba al verdugo.

Un hombre solo fué el que habia conseguido domesticar á este tigre, crearse un poder casi igual y reinar á nombre de este déspota receloso y desconfiado: el rey se llamaba Enrique, y su privado fué el cardenal Wolsey, hijo de un carnicero.

Viéndose en la cumbre del poder, calmado de honores y riquezas, este sátrapa inquieto y voluptuoso quiso un dia construirse una vivienda digna no de un monarca si no de un dios.

Para realizar sus proyectos, Wolsey compró, ó por mejor decir, tomó en arriendo las tierras de Hampton por espacio de noventa y nueve años, segun estilo del pais, y con facultad á sus herederos de renovar la escritura de dicho arriendo.

El palacio se construyó, si no con la unidad que exige la ciencia arquitectónica, al menos con todos los caprichosos adornos, esculturas, torreones almenados, patios espaciosos y demas bellos adherentes que forman un todo tan pintoresco como agradable.

Visto desde fuera, Hampton presenta por todos sus costados perfiles tan caprichosos como inesperados: en el siglo XVI solo habia en este palacio dos patios de aspecto verdaderamente feudal y encantador, pero despues Guillermo III mandó añadir cuatro cuerpos de edificio y una columnata de orden jónico que podia muy bien haber suprimido el arquitecto Cristóbal Wren.

Luego que hubo satisfecho su antojo, y apurado los mármoles y el talento de los artistas, cuando hubo realizado sus ensueños, el cardenal Wolsey, este hombre que desde el polvo de la nada se veia entronizado, estuvo á pique de naufragar y dar al traste con su opulencia y valimiento.

Por todas partes se encomiaban las bellezas y esplendor de Hampton; segun se decia, el Louvre, comparado con él no era mas que un torreón. Saint-James, construido por Enrique VIII, un cuartel, y aun el mismo Windsor, un viejo castillo. De Flandes, de

Alemania, de Holanda, de todas las naciones, venian los curiosos á admirar aquel portento, y tanto se habló que llegó á ofenderse el rey. Cumplimentó, ó su ministro, y echándole una mirada muy significativa, le dijo:

—Habeis concebido la noble idea de haceros construir un palacio, cuya magnificencia oscurece la de todos nuestros sitios reales.

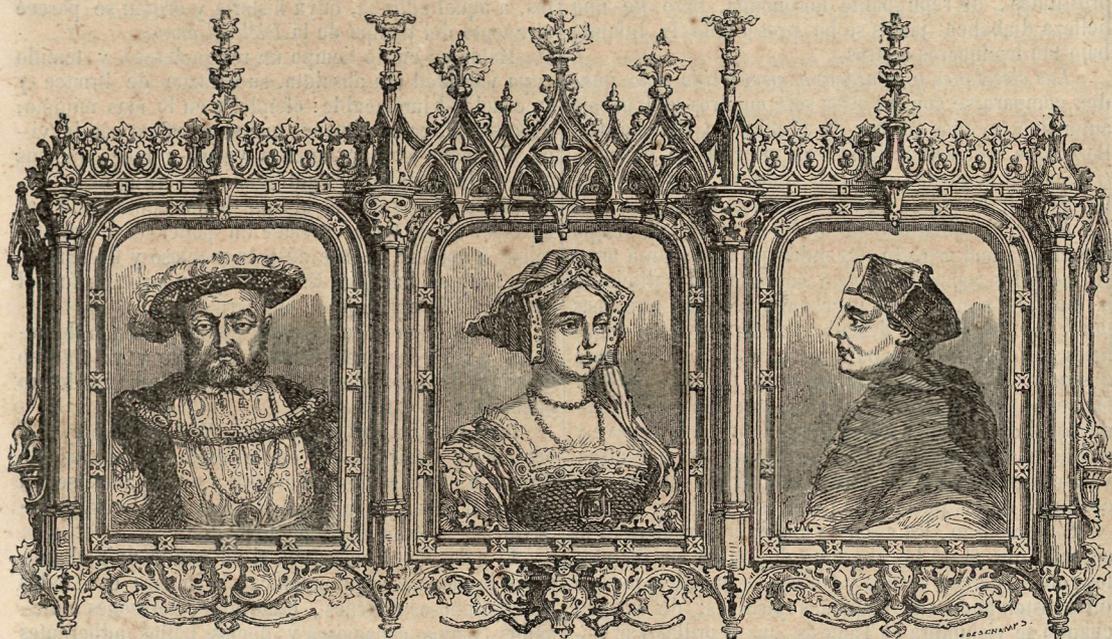
Asustado con estas palabras, y diestro en leer en lo íntimo del corazón del monarca, el favorito contestó;

—Mi fin ha sido construir una morada digna del rey mas poderoso del universo, y puesto que V. M. se digna juzgar que lo he conseguido, me es ya permitido realizar todo mi proyecto y ofrecerle el palacio que le habia destinado.

Este regalo mantuvo aun cinco años la mitad del rey para con su favorito, que cayó en desgracia por el influjo que ejercia en el ánimo del monarca. Ana Bolena, á quien el mismo ministro habia contribuido

los tapices que se tejieron en Arras para la capilla de Leon X. Estos dibujos hechos con colores, son de mayor tamaño que el natural, y representan algunos pasajes sacado de la vida de los apóstoles y del Evangelio. Tambien se encuentran allí una interesante colección de retratos, pintados por Holbein, de los principales personajes de la corte de Enrique VIII. En fin, esta galería, la mas rica de Inglaterra, posee mil veinte y siete cuadros de todas las escuelas, entre los que merecen citarse el Rabino judío de Rembrand, y el San Ignacio de Loyola del Ticiano. Muchos mas podría citar, pero los conserges instaban para que despachásemos pronto, y no hubo remedio.

Pero no debo olvidar el gran salon gótico (*the great hall*) principiado por Wolsey, y que mandó concluir Enrique VIII; por todas partes se ven grabadas y enlazadas las cifras del monarca y Ana Bolena: cifras que unió una pasagera pasion y que separó el barcha. Tiene este salon 600 pies de longitud, 40 de ancho y 60 de elevacion: el techo ojivo es de encina es



Enrique VIII.

Juana Seymour.

El cardenal Wolsey.

vergonzosamente á elevar, vió confiscados sus bienes, y mas dichoso que su enemiga, tuvo la suerte de espirar miserablemente cuando lo conducian al cadalso.

Los sucesores de Enrique VIII se esmeraron en embellecer á Hampton-Court, que á pesar del mal gusto que se observa en algunos ornatos, conserva aun un magnifico aspecto; los muebles y alhajas de este palacio no carecen de interés: la alcoba donde dormia la reina Ana está adornada con un lecho primoroso, y el cortinaje y colgaduras de tela muy antigua se fabricaron en Spitafield; el comedor está colgado con tapices de Arras, y á la verdad son muy dignos de observarse. Tambien se conserva el estudio de Wolsey, adornado el techo con rosas y lises; pero la ventana está restaurada.

En este mismo palacio, y en una larga, aunque un poco oscura galería, es donde se admiran los siete cartones que pintó Rafael, y sirvieron de modelo para

culpida, formando dos largas filas de claves suspendidas; las paredes están adornadas con ocho tapices que representan algunos acontecimientos de la vida de Abraham. El todo es verdaderamente magnifico y puede rivalizar con Westminster-Hall.

Es tambien Hampton-Court el recinto de los recuerdos: en él nació Eduardo VI y donde murió Juana Seymour, El sucesor de Enrique VIII celebró en su gran salon el capitulo general del orden de la Jarrettera: en él se desposó Felipe II, rey de España, con Maria. La reina Isabel gustaba mucho de este palacio, en el que daba magnificas funciones: en la gran calle de árboles que guia á este palacio es donde en el reinado de Jacobo I tuvieron lugar las célebres conferencias entre católicos y presbiterianos.

Cárlos I lo habitó en cuatro distintas épocas, y siempre en circunstancias bien fatales: parece que la muerte espiaba los pasos de este desventurado monar-